TERCER PREMIO V CONCURSO DE RELATOS CORTOS AULACE FORO FARO

Mª MANUELA DOLÓN MENDIZÁBAL

JOHN Y JACK

Has vuelto al tajo contento, animado; con nuevos bríos y renovado empuje. Como siempre que vuelves de unos días de permiso o de tus vacaciones, como ahora. Has preguntado lo que preguntas siempre:

Qué, ¿ha habido alguna novedad?

Sí, dos entradas nuevas – te contestan.

¿Quiénes? – preguntas.

Dos hermanos gemelos, pero tan distintos como la noche y el día. Pero los dos buenos pájaros de cuenta….

Tú has fruncido el entrecejo pensativo. Que lo que has oído te ha hecho pensar; ha traído recuerdos a tu mente…

¿Cómo se llaman? – preguntas enseguida.

John y Jack se hacen llamar – te contestan.

Y, claro, ya no tienes ninguna duda. Son ellos. Así que aquí han venido a parar esos dos….

Y estás deseando verlos. Y a la primera ocasión, vas y los buscas.

Están en el patio, que es la hora del recreo. Solos, apartados de los demás, de pie y apoyados en una pared. Fumando, esperas que tabaco. Aunque se parecen en los rasgos de sus rostros, uno es muy blanco y el otro más moreno. Uno, el pálido, no tiene ni un solo pelo en la cabeza que la lleva completamente rapada. El otro lleva su pelo oscuro, entreverado de gris, muy largo llegándole hasta los hombros.

Igual que tú los has visto enseguida y enseguida los has reconocido aunque han pasado años y vida, ellos te han visto a ti y te miran acercarte, pero no sabes si te habrán reconocido. Que los años, implacables, han pasado también por ti, por todos.

La expresión, la actitud de los dos viéndote acercárseles es chulesca, desafiante. Tú caminas despacio, sin dejar de observarles. Al llegar junto a ellos les dices:

Buenos días, chicos. ¿Os acordáis de mí?

Los dos te miran muy fijos, clavando sus ojos en ti. Ni siquiera han hecho un gesto de sorpresa. Pero deben, deben estar sorprendidos, piensas.

Claro, "El Miedica".- dicen casi a la vez.

Tú no te has ofendido. A estas alturas… Has sonreído levemente. Has suspirado también ligeramente. Y has dicho moviendo la cabeza:

-Aquí habéis venido a parar…

Como tú. Porque, anda, que adonde has venido a parar tú….

Y los dos se han echado a reír que sus carcajadas llegan a las cuatro esquinas del patio y todos los que están allí vuelven sus cabezas hacia el trío que formáis. Pero tú sigues sin ofenderte.

¿Y qué es lo que os ha traído aquí? – preguntas.

¿No lo sabes?

No. Acabo de llegar de mis vacaciones.

Así que con vacaciones y todo, ¿eh?,- dice uno con mofa.

Más o menos como nosotros, oye , que también estamos de vacaciones - dice el otro y vuelven a reírse estrepitosamente.

No les contestas, ¿para qué? No han cambiado en nada, piensas. Y decides despedirte, que por hoy ya está bien. Ya los has visto.

Buenos, chicos, aquí me tenéis. Ya sabéis dónde estoy.

Uy, qué bien – le dice uno al otro dándole en el codo -. Nuestro colega de antaño, convertido ahora en nuestro carcelero… No cabe duda que has prosperado. Hasta pareces un señor respetable….

Y vuelta a reírse los dos, hasta troncharse de risa. Tú te alejas de ellos con cierto sentimiento de pesadumbre. Con entremezclados pensamientos en la cabeza.

A continuación te has interesado por el motivo que les ha traído aquí. Un robo con arma blanca, varios heridos leves y un hombre muerto, aunque juráis y perjuráis que no lo matasteis, que se murió él solito de puro miedo.

Pero en su haber tienen, descubres, una larga, una incontable lista de delitos, unos probados y otros sin probar. Desde hace mucho tiempo estaban fichados, pero hasta ahora, a sus casi cincuenta años, no han logrado detenerlos…

Cincuenta años…piensas tú. Tus mismos años….

Y a tu mente vienen, mientras miras papeles y te pones al día en tu trabajo, aquellos años en que tú eras su compinche y compañero inseparable de fechorías. Erais amigos desde la infancia, desde la primera edad, y ya en aquellos años disfrutabais cometiendo toda clase de trastadas. Desde quitarles la merienda a vuestros pequeños compañeros, hasta robarles las pocas monedas que pudieran llevar en sus bolsillos o cualquier cosa o juguete….

> *Están en el patio, que es la hora del recreo. Solos, apartados de los demás, de pie y apoyados en una pared*

> *La expresión, la actitud de los dos viéndote acercárseles es chulesca, desafiante. Tú caminas despacio, sin dejar de observarles.*

Así empezasteis. Pero nadie os delataba, nadie osaba acusaros, porque os tenían miedo, un pánico atroz, a que cumplierais vuestras amenazas de darles unas palizas tremendas, que más de una vez les adelantasteis para amedrentarlos y que supieran que no hablabais por hablar sino que bien en serio lo decíais. Las mismas palizas que el padre de los gemelos les propinaban a ellos cada vez que alguien venía a quejárseles de vosotros.

Tu padre, en cambio, recuerdas, nunca te pegó. Algún castigo, muchas reprimendas, pero ponerte la mano encima, jamás. Te hablaba, te hablaba con muchísima paciencia tratando de que se te metiera en la mollera, que ese camino que habías emprendido no te podía conducir a nada bueno. A la cárcel, es donde te podía conducir.

Y al recordarlo ahora has sonreído. Si te viera… Si te vieran los dos. Tu padre y tu madre.

Pero entonces, en aquellos años, tus oídos estaban sordos para sus consejos. No les hacías caso y te dejabas llevar por la atracción que ejercían sobre ti tus amigos, y la vida arriesgada y siempre al borde de la delincuencia y del abismo que llevabas. Que llevabais los tres. Una vida peligrosa, pero que era como de película. Como de cine negro…

No obstante, a veces, luchabas. Luchabas entre hacer caso a tus padres que tú sabías que te querían y únicamente deseaban lo mejor para ti, y la influencia que ejercían sobre ti aquellos dos gemelos del demonio y a los que tú seguías tan ciegamente….

Pero tuvieron que morir ellos, tus padres, tan estúpidamente en aquel accidente de carretera, para que te detuvieras a pensar que qué iba ser de tu vida de ahora en adelante…..Y que quizá debiste hacerles caso…

Y de pronto lo decidiste. De pronto viste claro; se te iluminó el camino. Y recuerdas que antes de abandonar a tus amigos y aquella vida, les hablaste como tu padre y tu madre te hablaban a ti, tratando de hacerte entrar en razón… Que podíais cambiar, emprender una nueva vida. Estudiar, haceros hombres de provecho. Ganar dinero, pero limpiamente, honradamente… ¿No os apetecería, muchachos? les preguntasteis.

Fue en balde. Se rieron de ti como se han reído ahora, a carcajadas. Y desde entonces te pusieron de mote de "El Miedica". Y no, no era miedo ni cobardía lo que te hizo alejarte de aquel camino. Fue…Ni siquiera sabes lo que fue.. Tal vez el recuerdo de tus padres….Sus palabras, sus consejos que quedaron albergados en algún lugar de tu memoria aunque parecieran resbalar sobre ti…Y también la pena, el dolor, el remordimiento al pensar que sólo disgustos y preocupaciones les diste… Ni una alegría, ni una satisfacción…Y ya era tarde, pero no para cambiar, para tratar de enmendarte y darle un nuevo giro a tu vida. Un giro, un cambio que a tus padres tanto les hubiera alegrado…

No volviste a ver a tus amigos ni a saber de ellos. Pero no los olvidaste., no.. Nunca. Aunque procurabas no pensar en ellos ni en aquella lamentable época de tu vida que quedó atrás, pero no olvidada.

Hoy el destino te los ha vuelto a poner a tu lado. Y tu obligación más inmediata es ayudarles en todo lo que esté en tu mano, igual que haces, por otra parte, con todos los demás., para que la estancia en la cárcel les sirva de algo. De algo bueno y positivo. Y reflexionas que con lo duros que son te va a ser difícil conseguirlo, llegar a ellos, ganarte su confianza, recobrar la amistad que un día tuvisteis. Pero te propones lograrlo. No sabes cómo, pero has de lograrlo, aunque te vaya la vida en ello. Hay tiempo….

****

Pero te equivocas, no hay tiempo... No tienes tiempo aunque lo creyeras entonces. Y aunque lo intentaste con todas tus fuerzas y todo tu entusiasmo. Pero eran duros de pelar. Y no lograbas nada, al contrario. Se revolvían contra ti y contra todos y hasta contra ellos mismos que siempre estaban discutiendo y peleándose entre sí y recriminándose cosas, aunque sin mostrar arrepentimiento por nada nunca. Calma, que tienes tiempo seguías pensando tú. Pero te equivocaste, que no te queda tiempo para nada. Has comenzado solamente tu estrategia de llegar a ellos, cuando una mañana, un alboroto ensordecedor sacude el patio de la cárcel.

Acudes rápido y los ves. Son ellos dos, ellos solos los que se han enzarzado en una violenta pelea y los demás les jalean. Golpes, patadas, mordiscos que hacen brotar la sangre de sus caras, de sus brazos, y caer en goterones sobre el suelo del patio.

¡Chicos, chicos, deteneros…!- gritas acercándote para separarlos y creyendo que te van a hacer caso.

Y sus ojos te miran furiosos, te parecen que con el mismo odio que se miran entre sí. Y mientras recibes el golpe que te derriba, que te va a matar, los miras tú también como extrañado, como no creyendo que fueran ellos, tus amigos de antaño, los que te lo propinan. John o Jack, no sabes cuál. O si los dos al mismo tiempo….